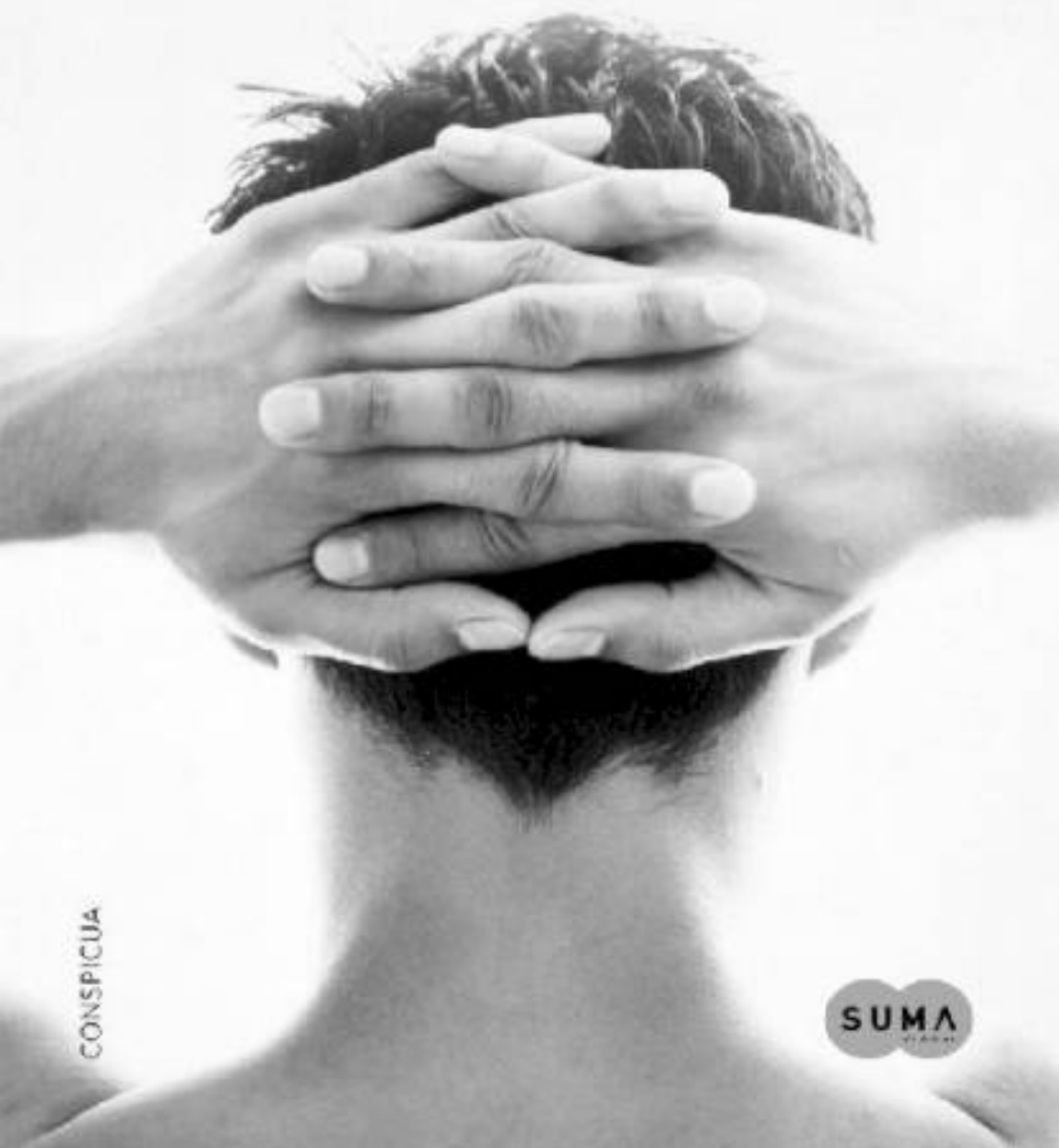


# Eugenia Rico

## *El beso del canguro*

VIDA DE LÁZARO Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES



CONSPICUA

SUMA  
ET ALII

# Eugenia Rico

## *El beso del canguro*

VIDA DE LÁZARO Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Alma y para Nadav*

## PARTE 1

«... consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto».

*LA VIDA DEL LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES*

I

## EL AUSTRALIANO

Puedes cerrar los ojos. No puedes cerrar los oídos.

No soy malo pero creo que he matado a un hombre. Me desperté con su sangre en mis manos, con el sabor de la sangre en mi boca, mi camisa empapada, los ojos cegados. Por la sangre. Corrí toda la noche por las calles vacías aunque nadie me perseguía y al amanecer me senté en una gasolinera abandonada y me lavé y no sabía si la sangre era mía o si todo había sido un sueño. Me he peleado desde niño por cosas que no me importaban, he recibido golpes por mujeres a las que no deseaba, cuando quise robar me robaron, cuando creí matar me mataron.

No sé si he matado a un hombre o ese hombre me ha matado a mí y ahora corro en las sombras para perseguir a su fantasma.

Entonces abro los ojos y estoy en la cárcel. Y ella me dice:

—Habla.

Y yo hablo.

Nadie va al funeral de los que mueren por dentro.

Ni siquiera ellos mismos.

Y sin embargo... hoy estoy aquí para que asistas a mi entierro.

Para que llores por mí, para que cierres los ojos y creas que eres otro, en otro lugar, en otro país. Que estés en las Antípodas, al otro lado de la tierra, donde la izquierda es derecha y la derecha es izquierda, que no eres tú sino otro.

Que tú eres yo.

Y yo soy tú.

Y los dos tenemos otra oportunidad.

Han pasado por lo menos veinte años y todavía recuerdo la habitación. A veces me parece que es la única que es real, y no esta otra donde una mujer con los ojos de Estrella me pide que cuente mi vida. Todo fue más fácil desde que conseguí alejarme de aquellas cuatro paredes que creía haber olvidado para siempre. Puedo cerrar los ojos y con los ojos cerrados sigo viendo la mesa camilla con los bordes manchados de tabaco, el sofá-cama gris de plástico y la ventana que se abre a las encinas. Las encinas son lo último que recuerdo mientras caigo, las encinas y la cara de la gente del pueblo, alborozada ante la llegada de la ambulancia.

El día que me gané mi nombre, agosto se colaba por todas las rendijas. Acababa de cumplir seis años y mi madre se había ido a ver a mis primos, que tenían la escarlatina. La sed era como una lombriz traviesa y gotas de sudor resbalaban por la frente de la imagen de la Inmaculada.

Cuando la botella estuvo mediada, la Virgen dejó de torcer la cabeza para mirarme. Entonces fueron todas las cosas del mundo las que se torcieron. Yo daba vueltas a la mesa camilla para ver si podía enderezarla y a cada vuelta el mundo se alejaba un poco más de la apariencia que siempre había tenido.



El anís era dulce y yo tenía mucha sed. El médico dijo que, si hubiese llegado al hospital un cuarto de hora más tarde, habría muerto.

Me hicieron dos lavados de estómago, pero no me acuerdo de eso, sino de la sopa de estrellitas que me daban de comer las monjas. No me acuerdo, porque estuve en coma una semana. Cuando desperté me habían puesto un tubo en la muñeca y no me dejaban jugar con él.

Desde entonces me llaman Lázaro, porque resucité de entre los muertos.

Una tarde, cuando empezaba a cansarme de la sopa de estrellitas, mi madre me dijo que me escapara de la habitación como si fuese a ir al baño. Ella me esperaba en el pasillo con un bocadillo de jamón. Yo no lo sabía, pero ese día habían querido quitarle mi custodia.

Mi madre tenía nueve hijos y ocho de ellos estaban en casas de acogida, y no es que uno más o menos fuese a cambiar su vida.

A los otros se los habían quitado hacía tiempo, cuando era más joven y el dolor no era tan grande. Ahora era una cuestión de orgullo que en el pueblo no se enterasen de que el juez decía que ella no era una buena madre. Aunque mi padre bebiese un poco, eso no tenía nada que ver con las diabluras de los niños.

Todavía ahora recuerdo el sabor de aquel bocadillo de jamón, que fue el único regalo que recibí de mi madre. Nunca, ni antes ni después de mi paso por el hospital, supe lo que era un juguete o una chuchería. El día de Reyes era un

día cualquiera hasta que salía a la calle y veía a los demás niños con sus juguetes nuevos. Un año aquellos Reyes cabrones le trajeron a Juan, el crío que vivía enfrente de nosotros, un coche teledirigido.

Había salido a la calle el chaval con el coche en una mano y en la otra el mando a distancia. El cochecito iba delante de él como un perrito amaestrado. Cuando lo vi me entró tal rabia que sin pensarlo ni nada me fui al coche y lo aplasté con mi bota de campo como si el juguetito fuera una cucaracha. El imbécil del niño se puso a llorar como una mujeruca a la que le hubieran matado al gato. Comenzó a chillar, a insultarme. Mejor se hubiera callado. Con la mano izquierda le agarré del cuello y con la derecha le pegué en la nariz hasta que la sangre me saltó a la camisa. Le habría matado si no me lo quitan de delante.

Eso había sido antes. Antes del anís y del hospital, por lo menos seis meses antes, que para un niño es mucho tiempo. El tiempo de los niños es tan limpio que parece eterno. Dejamos de ser niños cuando los días empiezan a ser sucios e iguales y a pasar más rápido que nosotros. Un día tenemos veinte años y al día siguiente son treinta, son cuarenta, son cincuenta. La vida corre cada vez más rápido hacia la muerte como un carricoche sin frenos cuesta abajo.

El día en que aplasté el coche del niño yo todavía no había cumplido seis años y gracias a lo pequeño que era no pasó nada más que una regañiza y una discusión entre el padre del niño y el mío. Podría haber ido a más, pero mi padre tenía ya la fama que tenía y el vecino no quiso problemas. Se olvidó de mí. En cambio, yo no pude olvidar la amargura de no haber tenido nunca un regalo.

Por eso aquel bocadillo de jamón me supo tan bien. Lo saboreaba y miraba a mi madre con los ojos llorosos. «¿Te duele?», me decía ella; y no es que me doliera el estómago con el jamón y el pan que me estaba tragando, es que por primera vez sentía que alguien me quería; y eso quema las entrañas más que el ácido.

Pocos días después me dieron el alta y volví a la habitación de la mesa camilla.

Durante toda mi vida, cada vez que me emborracho (y me he emborrachado muchas veces) recuerdo la mesa camilla tal y como la vi cuando me desmayaba, y también veo a mi padre aplastándole la cabeza a mamá contra ella.

Papá no era malo; sólo cuando bebía. En aquel tiempo bebía todas las noches.

Me escondía debajo de la mesa camilla y miraba entre los faldones cómo discutía con mi madre. Si las cosas se ponían muy feas, escapaba corriendo para meterme debajo de la cama de mis padres. Cuando oía el portazo de mi padre y el llanto de mi madre, me atrevía a volver a la habitación, donde mamá estaba tirada en el suelo. Iba a buscar el agua oxigenada, que escuece menos que el alcohol, y se la pasaba por la cara y por los ojos hinchados con un trapo de cocina sin dejar de pensar en el día en que llegara a ser lo bastante alto como para matar a mi padre.

Papá no era tan malo. A veces, después de llegar borracho por la noche y pegar a mi madre y perseguirme a mí por toda la casa con su cinturón, venía a mi cuarto y me despertaba con un beso mojado en lágrimas.

«Lázaro, levántate, que voy a enseñarte a andar de noche».

Y salíamos a los campos, dejábamos atrás el camino en la noche cerrada con una luna raquílica escondida entre las sombras, y mi padre me enseñaba a andar en la oscuridad guiándome por los sonidos de la tierra y que las cosas claras son duras y las oscuras, blandas.

Por la mañana me tendía entre las encinas. Dejaba que las ovejas invadieran las fincas de los vecinos sin preocuparme por mis obligaciones de pastor. Miraba al cielo y rogaba que mi padre dejara de beber.

Se lo pedía a las águilas que volaban por encima de mí y que debían ver a Dios aunque no existiera.

Seguía bebiendo cuando cumplí los catorce años y me fui de casa.

Cuando llegó el australiano, yo era demasiado alto para esconderme debajo de la mesa camilla pero no lo bastante grande como para matar a mi padre.

El australiano era un primo de mi madre, un grandullón con las manos pequeñas y llenas de anillos, pelirrojo y un poco bizco. Se había marchado del pueblo hacía muchos años y, cuando ya nadie se acordaba de él, volvió un verano con cajas de sortijas para todas las chicas de la familia, y decía que eran rubíes. Hasta a mi madre le regaló una. Sólo hacía regalos a las mujeres, quizá porque su padre los había abandonado cuando chicos.

Le gustaba sentarse debajo de la parra al lado de la iglesia, rodeado de muchachas, para hablarles de la tierra roja de Australia. Decía que en Australia los parados tenían piscinas y que la gente se iba a merendar armada con rifles para matar a los cocodrilos. A mí me encantaba escucharlo y preguntarle por las medusas que mataban a un hombre con sólo tocarlo y por su casa de madera, con un jardín grande donde crecían los árboles del mango.

Yo nunca había probado los mangos, a pesar de que en el pueblo existían todas las frutas del mundo. Siempre en un número exiguo como muestras de lo miniatura que era nuestro universo. Había dos nogales, cinco higueras, dos de higos y tres de brevas, diez manzanos y otros tantos perales, un membrillo y un cerezo y, en el huerto del tío Enrique, un solitario fresal.

Casi todas las noches íbamos los muchachos más atrevidos del pueblo a robar fresas, no porque creyésemos que lo conseguiríamos sino por desafiar al tío Enrique, que, como un espantapájaros, se pasaba toda la noche velando su fresal.

Fue así como me hice amigo del australiano: cuando él me contaba que los mangos de su casa eran la fruta más sabrosa del mundo, yo le conté que el tío Enrique tenía unas fresas de una clase nueva que nadie había comido nunca. El caso es que se empeñó en que fuera con él a robar fresas. Yo no quería. Le había prometido a mi madre dejar en paz al tío Enrique, que en el fondo me daba un poco de pena. Me hice mucho de rogar y así le arranqué la promesa de que me llevaría con él a Australia.

—No me dejes tirado con lo del tío Enrique —decía— y yo no te dejaré tirado en este agujero. Te llevaré al otro extremo del mundo donde está derecho todo lo que aquí está torcido.

Desde aquel día, yo soñaba con la tierra roja de Australia, donde hay hormigueros que parecen castillos y montañas mágicas con oro y diamantes, y nadie es pobre, y está prohibido pegar a las mujeres, y a los hombres como mi padre los meten en la cárcel. Porque todo eso y muchas más cosas me contaba el australiano para que yo le dejara probar las fresas del tío Enrique: que los aborígenes de Australia hablaban sin palabras, y que son como monos pero saben el camino a todas las riquezas de la tierra, y que había montañas llenas de manos embrujadas donde se habían posado los extraterrestres, y que en Australia todo el mundo tenía coche y mujer y una casa bonita donde plantar el árbol del mango.

Para que le creyera, me regaló una foto en la que se le veía de pie delante de un montículo marrón, tan alto como un edificio (un edificio negro arrasado por los extraterrestres) y que él decía que era un palacio de hormigas. La foto la tengo todavía y la miro cada vez que quiero convencerme de cosas imposibles.

Por fin una noche sin luna escapé de casa para reunirme con el australiano, que me esperaba en el camino. Sabía que los demás chicos del pueblo ya habrían pasado por la huerta del tío Enrique haciendo ruido y esperaba que el viejo se hubiese confiado. Hasta puede que estuviera dormido porque, aunque el tío Enrique era el tipo de persona que parece que nunca duerme, seguro que incluso él necesitaba dejar de ser él mismo por un rato y soñar.

Estaba orgulloso de que el australiano me hubiese escogido a mí, aunque es verdad que los otros muchachos no le hacían mucho caso e incluso se atrevían a asegurar que Australia no existía.

Tenían tres argumentos infalibles:

1-no habían estado nunca allí,

2-nadie conocía a nadie de allí,

3-y el argumento definitivo: Australia nunca había salido en las noticias de la tele.

Yo sabía que Australia estaba al otro lado de todas las cosas, donde el Sur era Norte y el Norte era Sur y todos los sueños eran posibles: al otro lado del mundo, donde caería una moneda si pudiese atravesar la tierra y donde yo tendría que haber nacido si el mundo fuese justo.

El mundo no era justo y yo estaba delante de la huerta del tío Enrique agarrándome la hebilla del pantalón para que no me arrastrara por el suelo.

Se oían los grillos y los ruidos nerviosos de los sapos. La sonrisa del australiano brillaba como si fuera de metal. Quedaban pocas estrellas en el cielo y mis zapatos hacían ventosa en el barro del camino. Llegamos a la huerta del tío Enrique y la tierra estaba mansa y quieta como un gato dormido. Me metí por debajo de las alambradas y el australiano saltó por encima de ellas. Sentía el vientre flojo por el miedo. Pensaba en las maravillas que vería cuando me fuese con el australiano. La casa del tío Enrique nos miraba desde el fondo como un fantasma con todas sus luces apagadas. No había ni rastro del viejo. Nos lanzamos de rodillas sobre el fresal como si fuéramos lobos atacando un cordero. Yo me reía de mi buena suerte y arrancaba trozos ro-

jos con los dientes mientras metía las fresas en el saco de tela que habíamos traído. El sabor de las fresas me calmaba los latidos del corazón y de pronto me encontré con la tierra entre los dientes y con el dolor del trueno en la cabeza.

El tío Enrique me dio tan fuerte con su garrote que creyó que me había matado y no por eso paró de golpearme los riñones y la espalda, que me dejó llena de todos los dolores. Por un momento quise alzarme y otra vez el mundo se hizo negro debajo de los palos. Pensé que el australiano me salvaría pero había desaparecido.

Al abrir los ojos allí estaba mi padre. Me dejó dormir en un pajar y no me pegó más esa noche. Cuando vio que recuperaba el sentido, me ató a un poste, me desnudó, frotó con ortigas las heridas que el tío me había hecho y me dejó atado todo el día.

Por la noche volvió con el tío Enrique. Era la primera vez que yo lo veía de cerca y no tenía más dientes que uno de oro que parecía hojalata. El viejo sonreía con su único diente:

—¿Quién estaba contigo anoche, muchacho? —Y como yo no contestaba—: Siento si te lastimé.

Y se reía mirando a mi padre como si hubiera dicho una gracia. Yo lloraba sin contestar, los dientes clavados en la estaca a la que estaba atado.

Al final se fueron y vino mi madre, que me desató y me lavó las heridas con vinagre, al tiempo que me tocaba la frente, y también ella me preguntaba:

—¿Quién andaba contigo?

De mí sólo había quedado el dolor y un fuego que se hacía como de algodón en la fiebre, y no tenía fuerzas para contestar. Estuve una semana en cama y al levantarme me dijeron que le habían robado todos los dineros al tío Enrique mientras estaba entretenido moliéndome a palos y que el australiano había desaparecido del pueblo. Durante meses seguí creyendo que vendría a buscarme para llevarme con él a Australia.

Entonces descubrí que la gente podía mentir; mi padre podía matarte pero no mentía: si te decía que te iba a dar